

**Giordana
Masotto**

(Librería
de mujeres
de Milán)

El trabajo necesita feminismo*

Pensar las discriminaciones en el trabajo no me ha gustado nunca. Inevitablemente atribuía a la condición masculina un valor de punto de comparación que me parecía injustificado.

Explorar las posibilidades de una libertad femenina por inventar, en el pensamiento y en las prácticas, en las relaciones y en las realizaciones: esto me gustaba y me ha parecido siempre una tarea adecuada a los tiempos y al nuevo protagonismo femenino. Lo bonito del ser mujeres, feministas y de estar en el mundo.

También el hablar de violencia y acoso sexual me parecía obligatorio pero demasiado deprimente para dejarme implicar. Admiraba a quien se ocupaba de ello, pero la violencia masculina me cargaba con un lastre que no quería llevar.

He comprobado con el paso del tiempo que estas dos actitudes -no identificarse ni con las discriminaciones ni con la amenaza de las violencias- eran compartidas por muchas mujeres que *quieren más*.

Es este *más* lo que ha trabajado, a lo largo de los años, el Grupo trabajo de la Librería. Y han salido dos bellas invenciones: el doble sí -sí al trabajo y sí a la maternidad- y el manifiesto del trabajo (Sottosopra 2009. *Imagínate que el trabajo*). Ahí nos tomamos la libertad de hacer una afirmación comprometedora: el más que traen las mujeres requiere que se repiense el trabajo para todos.

Cuando las mujeres abrieron la puerta de casa, sacando a debate su lugar en el mundo, sucedieron dos cosas, radicales: la maternidad se convirtió en una elección,

* Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas.

y el trabajo fuera de casa puso al alcance de la mano la autonomía económica y la expresión creativa de sí. Se empezó a agrietar aquella primaria división sexual del trabajo –producción / reproducción– que desde siempre regula el mundo. Afirmamos que *trabajo es todo lo necesario para vivir*, el pagado, para el mercado, y el de la reproducción social. Un conjunto de dinero, tiempo, sentido, expresión de sí, relaciones. Las mujeres, sean madres biológicas o no lo sean, son portadoras de un desquiciamiento tal de la idea, de la cualidad y del sentido del trabajo que no podemos pensar en afrontar discriminaciones y segregaciones sin cambiar el punto de vista sobre el cuadro general. Las mujeres, al trabajo van enteras: vemos a diario que esta puede ser una fuerza y que con frecuencia es también una debilidad y una enorme fatiga.

En el otro frente, el de la violencia masculina, fue la Nochevieja en Colonia 2016 lo que me desveló los términos nuevos de la cuestión. Por su naturaleza, pública y de masas, por el sitio, por el uso que de ello se hizo y por las reacciones feministas que provocó, fue uno de esos momentos en los que las cosas se iluminan. Allí quedó claro que la secular violencia misógina se estaba transformando en un conflicto que invade el espacio público. Es la libertad de las mujeres lo que dibuja un nuevo campo de batalla: la violencia y el acoso sexual aumentan allí donde las mujeres trabajan más y se sustraen del dominio masculino. Se iluminó así la naturaleza actualísima de ese conflicto, pero todavía no quedaba claro cómo practicarlo sustrayéndose del lugar de la víctima, y también de la fascinación perversa del sufrimiento femenino.

Hoy muchas señales nos dicen que, en todo el mundo, algo ha alcanzado su madurez, fruto de tantos años de femenino imprevisto. Con el MeToo, WeToo, PayMeToo, ScienceToo y las muchas *olas feministas* en nuestro país y en tantas partes del mundo, las mujeres toman la

iniciativa de un modo inédito, conjugando experiencia personal y gesto público (y asimismo explotando bien la viralidad de internet): se convierten en sujeto político de ese conflicto y, sobre todo, lo hacen también en el mundo del trabajo, precisamente el sitio en el que querrían estar enteras, también con sus cuerpos, sus relaciones, sus libertades que traer al mundo.

Creo que se ha abierto de par en par un camino que parece muy interesante.

Hoy el acoso y los chantajes sexuales explícitos en el trabajo tienen el propósito de frenar las ambiciones y la libertad de las mujeres (de hecho, están más difundidos entre empleadas y dirigentes). Pero también quien no tiene experiencia directa intuye y experimenta que son solo la punta de un iceberg de vejación sutil y omnipresente que sigue corrompiendo el trabajo y las instituciones. Las mujeres que entran en el mundo del trabajo se quedan estupefactas ante una brecha salarial y de carrera que justamente perciben no como una cuestión de derechos que afirmar sino como señales de un machismo que usa viejos y nuevos mensajes subliminales para “volver a poner a las mujeres en su sitio”, o sea, “debajo”. La novedad, me parece, está en que esas señales empiezan a ser percibidas como un sistema y es este sistema lo que se está volviendo inaceptable a los ojos de muchas. Cada una parte de su experiencia, pero ve cómo esta experiencia la vincula con las otras.

Me ha impresionado en particular el salto cualitativo del MeToo. Hace falta valor, si eres una mujer afirmada de un sistema potente (cine, espectáculo, comunicación, instituciones, política, arte, Nobel, Silicon Valley...), para tomar la palabra y decir algo que podría borrarte del sitio en el que estás y quieres estar sin perder lo que has construido: competencia, fiabilidad, autoridad, éxito.

Hay quien ha comentado: podían haber hablado antes.

Hay quien ha contestado: se hace cuando se está en grado de hacerlo. Yo pienso, en cambio, que la lejanía en el tiempo de algunos episodios no disminuye sino que *aumenta* el alcance político de estas tomas de posición: si hablas ahora que esos chantajes han pasado y ya no son coercitivos, lo haces precisamente porque quieres romper el sistema, agrietar definitivamente ese poder que sigue regulando el trabajo. Has subido la apuesta. No más silencios y no más palabras: expulsar a los chantajistas violentos. Las mujeres toman el espacio público: una visibilidad nueva y gran fuerza política.

Pero ¿por qué está pasando? Yo creo que está emergiendo un flujo cárstico que puede cambiar el paisaje. Hoy nos podemos sentir más libres de dar un paso adelante y reivindicar también *la ambición de tomar el gobierno de las realidades en las que estamos actuando*. Para hacer ¿qué? Para hacer lo que nos imaginamos cuando nos tomamos la libertad de mirar el trabajo partiendo de nosotras mismas: repensar el trabajo y la economía en clave postpatriarcal. Yo creo, y veo, que muchas mujeres, aunque con niveles de concienciación y condiciones de trabajo distintas, están dispuestas ya sea a rebelarse contra la vejación sexual, ya sea a pretender gobernar el trabajo con nuevos paradigmas en los que todo el mundo, mujeres y hombres, puedan reconocerse. Bien ancladas en ese nexo cuerpo/palabra que es *nuestra fuerza*. Este nexo es peculiar al sujeto inédito que son las mujeres, portadoras de una complejidad -y de una contradicción- radical. Todo esto me lleva a decir que se está dando un salto cualitativo. La palabra de las mujeres, su autoridad, ilumina la *verdad* de la situación: el nexo sexo/poder, la naturaleza sexual del contrato social. No se trata (solo) de acosos sexuales sufridos por algunas sino de una dominación sexual que nos afecta a todas. Más aun: *se trata en último término de desvelar la raíz sexual del poder mismo*. Plantear el problema en estos términos quiere decir que los hombres ya no pueden conformarse con hacer sitio a las mujeres y a su diferencia, sino que tienen que hacerse cargo de un cambio que afecta a la

naturaleza misma del poder. Hoy podemos reconocer que agrietar el poder de un masculino que sigue pretendiendo ser universal es el núcleo del problema, no un accidente en el camino. Cada vez que un hombre habla en nombre de toda la humanidad, nos quita la palabra a las mujeres.

Basándonos en estas valoraciones, pienso que hoy podemos abandonar a su destino un par de cuestiones.

La primera: desde esta perspectiva, incluso la sacrosanta crítica de la igualdad que tanto hemos hecho (ya en *Imagínate que el trabajo* escribimos: “Más que ser iguales que los hombres, [las mujeres] se preguntan cómo ser iguales a sí mismas”), resulta en muchos contextos una batalla obsoleta. Cuanto más frecuentan las mujeres el espacio público del trabajo, más claro queda que *en los hechos* la igualdad resulta decepcionante mientras que la diferencia es una concienciación difusa de la que no se vuelve atrás. La palabra igualdad, que se confunde a menudo con no-discriminación, es usada con comportamientos que van más allá del horizonte igualitario. Basta con ratificar lo que Carole Pateman dijo con claridad: “el estatuto igualitario de las mujeres debe ser aceptado como expresión de la libertad de las mujeres *como mujeres*, y no tratado como una indicación de que las mujeres puedan ser exactamente como los hombres”. Podemos llamarla paridad de la diferencia vivida y actuada. Hoy las mujeres esto lo saben y lo experimentan, disonantes y con autoridad. Se está verificando lo que Chimamanda Ngozi Adichie prefigura en *Querida Ijeawele. Cómo educar en el feminismo*: “Enséñale la diferencia. Vuelve la diferencia natural, vuélvela normal. Enséñale a no atribuir un valor concreto a la diferencia”.

En lo simbólico, podemos incluso conjeturar que la solicitud de igualdad, hecha desde una posición de fuerza y de autoridad, se vuelque en denuncia de privilegios masculinos fruto solo del sexismo. A los hombres, desde esta perspectiva, se les pide que no escojan a su gusto qué

parte de la cuestión afrontar, sexo o poder, relaciones con las mujeres o política, sino que entren a fondo, también cuando piensan y están en política y en el trabajo, en esa *perenne negociación* (Judith Butler) de la diferencia sexual que está en la base del cambio de civilización que queremos (seguir) construyendo.

La segunda cuestión: este punto de vista da también claridad a la diatriba de si el patriarcado está muerto o está vivo, está desnudo o vestido de ropajes imperiales (¿neoliberales?). Está potente y crepitante, o sea moribundo pero peligroso, herido pero transformista y, por tanto, queda, también en el trabajo, un campo de batalla del que no podemos prescindir.

Hoy el trabajo, con todas sus mortales transformaciones, necesita más feminismo.